



PQ6572
V3
C39

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RIVERO"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LA SAL Y LAS PALOMAS

Desde que he visto morir á las palomas víctimas de su afición á la sal, ya no me extraña que un ministro de Hacienda impusiera sobre la sal una contribucion, ni que los contribuyentes la pagaran.

Porque no debe de ser en las personas la afición á la sal uno de esos refinamientos de la civilizacion, que suelen constituir verdaderas extravagancias, cuando esa misma afición se halla en los animales que se gobiernan por el instinto, y precisamente es más pronunciada en los de instintos más suaves y más delicados.

La sal en nuestra santa Religion Católica es símbolo de la sabiduría, y por eso, al abrir al niño las puertas de la Iglesia por el Sacramento del Bautismo, se le ponen unos granos de sal entre los labios diciéndole: *Accipe sallem sapientia.*

Unos niños la chupan y la saborean muy

contentos, y otros se enfadan y la escupen; porque desde muy al principio se dividen los hombres en necios y sabios.

En nuestra hermosa lengua castellana, la sal es símbolo de gracia y de donaire. A la mujer que, sea ó no sea hermosa, tiene esa gracia, ese atractivo, ese encanto especial que hace amables á las personas y que es independiente de la hermosura, se la llama *salada*; y por contraposición, á la que carece de ese encanto, de ese atractivo y de esa gracia, aun cuando reuna las condiciones plásticas de la hermosura, se la llama *sosa*.

Y hay cantares en los que figura la sal en este sentido como cosa corriente, éste, por ejemplo:

«Con la sal que derrama
una morena,
se mantiene una blanca
semana y media.»

Ó este otro:

«Anda la ronda buscando
un contrabando de sal;
escóndete, vida mía,
que, si no, te prenderán.»

Y pudiera citar otros muchísimos; pero con ser tantos y con ser tan usual y comun este sentido figurado de la sal, los académicos no le conocen.

Después de definir la sal en su sentido físico, llamándola «*substancia...*» dicen que significa figuradamente «*agudeza, donaire, chiste en el habla*». ¡Como si sólo hablando se pudiera tener sal! ¡y como si la sal no pudiera estar también en los gestos, en la sonrisa, en el andar, en todo!

Pero dejemos á los académicos, que ciertamente no tienen con la sal relación ninguna, y volvamos á las palomas, que sobre ser más amigas de la sal, son mucho más graciosas y más amables.

Las palomas tienen una afición á la sal tan decidida, que se sobrepone en ellas al instinto de conservación y las hace poner su vida en peligro y aun perderla.

Esto quiere decir que la sal puede servir de cebo para cazar palomas, y en efecto sirve, donde, como y cuando verá el que siga leyendo.

¡Pobres palomas!... Me refiero á las torcaces, que viven en los montes y que tienen delante de sí todo el verano una tentación irresistible: el salegar de las merinas.

Como todo el monte tienen por suyo, las palomas torcaces, que suelen pasar el invierno en las solanas, pobladas comunmente de robles, trasladan su mansión en el verano á las umbrías, á los hayedos, buscando la frescura.

Pasando por las bajeras de un hayedo en

los días calorosos de Julio, desde las nueve de la mañana en adelante, se oye siempre á las palomas torcaces arrullarse amorosamente allá en medio del monte.

—¡Qué felices son las palomas!—dice uno al oirlas, si uno es algo romántico, y especialmente si está en aquella edad... y digo aquella porque la veo ya bastante lejana, en aquella edad hermosa de las ilusiones, entre los diez y ocho y los veinticinco años, cuando á uno se le figura que todo el monte es orégano,—¡qué felices son las palomas!

Pero ¡ay! que al lado de la felicidad suele estar siempre la desgracia.

Y la desgracia de las palomas consiste en que hacia las faldas de los hayedos suele haber majadas de merinas.

¿Ven ustedes aquel hayedo inmenso que se extiende por toda la parte setentrional de la cordillera que separa la cuenca del río Cea, en su nacimiento, de la del Esla? Pues allí, un poco más al Oriente del valle de Reidelavara, ó Río de la vara, en aquellas camperas, que sin duda por lo agradable de la estancia en ellas se llamaron las Muelles, allí hay una majada de merinas.

¿No ven ustedes el chozo junto á las primeras hayas? Y cerca del chozo, en aquel cerrillo pelado de la derecha, ¿no ven ustedes un corralin cercado de llatas secas y cándanos y que en el interior tiene colocadas á cierta

distancia unas de otras, muchas losas que relucen con el sol? Pues aquel corralin es el salegar; en aquellas losas echan los pastores la sal á las merinas una vez cada semana, ó cada quince días lo más tarde; y allí bajan luego las palomas á escoger entre la tierra los granos de sal que de las losas dejaron caer las ovejas.

En cuanto avanza la mañana y comienza á apretar el sol y el ganado se recoge en el sestil y los pastores se echan á la pámpana rota y se duermen á la sombra de las hayas, dicen las palomas: ¡Esta es la nuestra! Y revolando de haya en haya, ó de un vuelo solo, porque esto va en genios, bajan al salegar y se ponen á picar la sal tan satisfechas.

Porque no han reparado que á una orilla del corralin, y apoyado contra el cierro, hay un monton de ramas verdes.

Es decir, hay una cosa que parece que no es más que un monton de ramas, y así lo creen las palomas, y ustedes tambien, ¿no es verdad?

Pues no, no es verdad. Aquello que parece un monton de ramas es una chocilla, donde seguramente hay un cazador escondido.

¿Que no?... ¡Vaya! ¡Si lo sabré yo que he estado allí muchísimas veces!

Y he tenido que reformar la choza con ramas nuevas cuando las de los días anteriores se habían secado. Porque las ramas han de es-

tar verdes y con la hoja fresca para dos fines: para que no le vean á uno las palomas, y para que el sol no le vea á uno tampoco ni le abraze.

El tiro es seguro. Como que si las palomas se enteraran del Código penal, nos acusarían de asesinato, porque hay en el caso, además de la seguridad, premeditacion y alevosía.

Verán ustedes...

Las pobres palomas bajan al salegar confiadas y se entregan á su tarea de buscar granillos de sal alrededor de las losas. En estos primeros momentos no se las suele poder tirar, porque el mismo levante de las losas, á cuya vera discurren, lo impide.

Poco despues, cuando han satisfecho ya el primer deseo, se suben encima de las losas, dando un saltito con mucha gracia, y se ponen á escogollarse...

Todavía no es la hora de tirar, porque regularmente no se podría matar más que una... y vale más esperar otro poco...

Porque luego, á lo mejor, se juntan dos encima de una misma losa y comienzan á hacerse mimos...

Entonces... el cazador despiadado... Porque hay que desengañarse; todos los cazadores somos despiadados... Yo mismo, que en circunstancias normales y ordinarias soy persona caritativa y tengo piedad aun de los animales, y hasta de los académicos, en cuanto

ejerzo de cazador, vamos, en cuanto cojo la escopeta, ó la pluma, y veo las palomas ó los disparates del Diccionario... ¡Adios! ya no tengo piedad de nada.

Y, como iba diciendo, cuando dos palomas se reunen sobre una misma losa y se ponen á hacerse monadas, entonces el despiadado cazador... ¡pum! dispara y... palomas muertas, ó mal heridas revoliteando.

* * *

Mientras el matador recoge las víctimas y las mete en el morral, las otras palomas, las que han tenido la fortuna de quedar ilesas, levantan el vuelo muy asustadas y van á posarse cerca de lo más alto del monte.

Pero desde allí ven el salegar todavía, continúan teniendo la tentacion delante; y como todo ha vuelto á quedar en silencio despues del tiro, y el salegar está al parecer completamente solo y abandonado brindándolas con su favorito manjar, á los diez minutos la más impaciente da un vuelo corto y se coloca un poco más abajo. La sigue luego otra, y despues otra, y al cabo todas hacen lo mismo.

Otros diez minutos más tarde levanta otra el vuelo y se determina á bajar hasta medio monte... á donde la sigue al instante otra que no quiere ser menos, y luego las demas...

Y por último, á la media hora están ya todas otra vez picoteando la sal tan contentas.

Y, es claro, si el cazador ha tenido paciencia para esperar media hora más, se vuelve á repetir el crimen con las mismas circunstancias agravantes de la vez primera.

¡Pobres palomas!

Y pobre de mí, que despues de tanto hablar de la sal, se la he dejado picar á las palomas y no he guardado nada para el artículo.

LA CAZA DE FAISANES

Es creencia muy general, sin que por eso deje de ser muy errónea, la de que no existe el faisán en España.

La mala costumbre de creer á pies juntos al catedrático de Historia Natural, y al revisor de banquetes, y al Diccionario enciclopédico, ha hecho arraigar, hasta en las personas que se llaman ilustradas, la idea de que el faisán es en estas tierras una ave exótica como el papagayo, siendo por consiguiente los faisanes que se conocen por estos países de Europa occidental, producto exclusivo de la industria, sin que se den, particularmente en nuestra Península ibérica, otros ejemplares de la apreciable gallinácea más que los que vienen ya muertos de los criaderos de alrededor de París á ser expuestos en el escaparate de Lhardy para excitar la golosina de nuestros personajes políticos.

Todos hemos leído alguna vez noticias de

banquetes regios ó si se quiere ministeriales, y hemos visto llamar allí al faisán «el ave de la Cólquida». Todos hemos oído á Galdo, ó hemos leído en la *Zoología* de Pérez Arcas, despues de aquello de que el nombre del faisán viene del latin *phasianus*, que es como los romanos le llamaron por haberle encontrado en las orillas del río *Phaso* en la Cólquida (Mingrelia), aquello otro de que hoy la raza principal (*phasianus colquidus*) vive extendida por todo el Cáucaso, y la tienen los países occidentales de Europa en domesticidad ó en estado semisalvaje en los parques para aprovechar su carne, que es exquisita. Todos hemos podido leer en el *Diccionario enciclopédico* de Larousse, especies análogas.

Y, sin embargo, no en domesticidad ni en estado semisalvaje, sino en estado salvaje del todo y completamente libre, se encuentra el faisán en las agrestes montañas de Leon, principalmente hacia la confluencia de la actual provincia de este nombre con las de Santander y Asturias.

Y se encuentra en abundancia relativa, aun cuando la manera de cazarle es la más á propósito para la completa destruccion de la especie, puesto que se le caza en la época del celo, cuando el macho y la hembra se reclaman, ya emparejados.

Así y todo, digo que se encuentra con cierta abundancia en los montes de Espinama,

Pembes, Cosgaya, Bejo, Ledantes y otros de la provincia de Santander, en los de Pedrosa del Rey, Riaño, la Vega Cerneja, Cuénabres, Casasuertes, Retuerto, Acebedo, Buron, Barniedo, Villafrea, Valdeon, Sajambre, etc., etc., en la provincia de Leon, y en los de Tarna, Sobrefoz y otros, en Asturias. Por eso en los meses de Mayo y Junio, que es la época en que se les suele cazar, es raro el día de mercado que no hay en Potes, Riaño y Cangas de Onis faisanes de venta, que por cierto no suelen valer más que cinco ó seis pesetas.

El faisán, como casi todas las gallináceas, anida en el suelo, se encarga de la empollacion la hembra exclusivamente, y en cuanto los polluelos rompen la cáscara del huevo, abandonan el nido y echan á correr por el monte detras de la madre.

Cuando algun cazador ó algun pastor da con un nido de faisanes durante la incubacion, cosa poco frecuente, porque los esconden mucho entre la maleza, suelen preparar un lazo con tanza (para que sea más difícil de ver) rodeada á la parte superior del nido con lazada corrediza y anudada por el extremo á una cuerda larga para poder tirar desde lejos cuando la hembra haya vuelto á empollar y aprisionarla por las patas; pero muy rara vez se logra el objeto, ya porque la faisana ve la tanza y la quita cuidadosamente con el pico

antes de meterse en el nido, ya porque oye los pasos del que va á tirar de la cuerda, y se marcha.

La manera más general y casi exclusiva de cazar estos pájaros es á tiro, aprovechando para descubrirlos el canto con que el macho reclama á su pareja; y como esto acontece á las altas horas de la noche, ya contra el amanecer, á la misma hora, poco más ó menos, en que cantan los gallos, la caza del faisán resulta difícil y trabajosa.

Hay que aprovechar las noches de luna, pues de otro modo la puntería es poco menos que imposible, y, naturalmente, hay que pasar la noche al raso. Pero todo se da por bien empleado cuando se tiene la fortuna de descubrir al faisán, de tirarle y de ver caer tan hermosa pieza.

Todavía me acuerdo y me acordaré siempre de la primera vez que fuí á cazar faisanes. Era yo estudiante y acababa de llegar á mi pueblo, en los primeros días de Junio, recién examinado con la nota de sobresaliente.

Un cazador muy decidido y perito en el arte, como que no había vuelto á leer, despues del catecismo del padre Astete que aprendió en la escuela, ningun otro libro más que la *Instrucción de cazar*, me brindó á ir á faisanes una noche, y acepté el convite. Sentía mucho perder de dormir, como se siente eso á los diez y ocho años, pero la novedad de la aventura me

encantaba y me seducía de tal modo que me hizo renunciar al sueño.

Despues de cenar esperamos un poco á que saliera la luna, y á las once y media que comenzó su luz á platear las cimas de los montes, salimos nosotros de casa y echamos á andar hacia el sitio elegido, que era de todo el término de la ilustre villa el que tenía fama de más ameno para los faisanes.

Anduvimos por llano un cuarto de hora, y luego comenzamos la subida á la Majada de Valmedian, subida larga y fatigosa, que Joaquín, pues así se llamaba mi maestro y compañero de caza, procuró hacerme corta y suave contándome lances y aventuras del oficio.

—Quédate aquí—me dijo, cuando llegamos á la Majada, señalándome un corro de escobas debajo de unos robles muy altos,—quédate aquí, que á estos robles es muy fácil que vengan. Yo me voy á esta escampada de más arriba. Si oyes cantar el faisán y le ves en un roble, mira antes de tirarle á ver si ves la faisana, que suele estar en las ramas de más abajo, y en este caso tira primero á la faisana, porque el macho cuando está cantando no oye el tiro, y te dará tiempo de cargar otra vez y tirarle; así como cuando no canta tiene el oído muy fino y el más leve ruido le ahuyenta.

Con estas instrucciones me quedé en el puesto, donde permanecí más de dos horas sin oír nada más que el rugir constante y monó-

tono del río Esla en los sotos de enfrente, al saltar el puerto destinado á tomar agua para regar las vegas, y al encajonarse despues en el gollizo de boca de Valleson y al desparramarse luego alegremente en la ralda del Cutiello.

Por fin, se me hizo ya el tiempo muy largo, no tuve paciencia para más, y abandonando el escondite, me corrí monte arriba hacia donde mi compañero estaba.

Apenas me había sentado junto á él empezamos á sentir á lo lejos un graznido áspero, de ritmo parecido al de la perdiz, pero de timbre más chillon y penetrante.

—¿Oyes?—me dijo:—son los faisanes.

—Sí, ya los oigo—le contesté.—Cantan hacia el Argomenal.

—Es verdad. ¡Si hubiéramos ido para el otro lado!... Pero eso era para sabido, que esté en gloria...

El Argomenal era otro monte de la parte opuesta del valle, al otro lado del río.

—¿No podemos ir allá, pasando el río por el puerto?—repliqué.

—No, no es posible. Aunque parece que estamos cerca, contando con la bajada y la subida y el paso del río y uno y otro, tardábamos en llegar cerca de una hora, y cuando llegáramos ya habría amanecido. Va á amanecer muy pronto.

—¡Qué lástima!...

Seguía yo escuchando con pena el graznido

lejano del faisán, cuando de repente sonó otro igual encima de nosotros.

—¡Cogollo!—dijo Joaquín:—ya los tienes aquí. Mírale, mírale—añadía muy bajito, apuntando con la mano hacia un roble;—mírale en aquella rama que cae hacia la derecha; mírale cómo encoge y estira el cuello conforme canta.

—Tírale—le dije yo.

—No, ese bien seguro está por un rato; deja á ver si acude por ahí la hembra...

Y en efecto, poco despues, vimos ya á ésta revolver desde una de las ramas bajas del roble á otra un poco más alta.

—¿La ves?—me dijo mi amigo.

—Sí.

—¿La quieres tirar?

—No; tírala tú—le dije;—yo nunca he tirado de noche y tengo miedo de no acertarla... Y es preciso que la llevemos.

—Bueno: pues tú tirarás despues al faisán. Estate mirándole por si acaso siente el tiro, y si ves que se mueve *arréale*; pero probablemente no se moverá.

Diciendo esto disparó su escopeta del anti-guo *régimen* sobre la faisana, que cayó como un trapo, mientras el faisán seguía cantando sin enterarse de nada.

Por eso en tierras de Leon, cuando una persona se distrae hablando y no atiende ni contesta á lo que la preguntan, se dice que

se embebe en el cántico como los faisanes.

—Vamos, tírale ahora—me volvió á decir mi compañero.

—¿Y si no le acierto?...

—Si no le aciertas... tal día hará un año, y que vaya con Dios, que ya tenemos ésta, y para una noche me parece que no es poco. Tírale, cogollo, tírale.

Obedecí, apunté lo mejor que pude, disparé y vi caer al faisán dando tumbos de rama en rama.

La alegría que sentí yo entonces no es para dicha. Pero no me duró más que un momento, y se trocó al siguiente en el desconsuelo más profundo, al ver que el enorme gallináceo, apenas cogió tierra se rehizo, y, arrastrando una ala, echó á correr al monte abajo.

No había hecho el tiro más que aliquebrarle.

Afortunadamente, mi compañero que, como buen conocedor de las maturrangas de estos pájaros y de las de todos, estaba muy alerta, apenas le vió huir echó tras de él, y enarbolando la escopeta cogida por la boca, le atarvinó de un sartenazo.

—¡No te vas, cogollo, no te vas!—decía retorciéndole el pescuezo... Y con un faisán cada uno á la espalda, ufanos y orgullosos los dos como conquistadores á la vuelta del triunfo, entrábamos en Pedrosa al amanecer, cuando salían las cabras al repasto.

LAS CODORNICES Y LOS ALAVESES

Si has estado alguna vez en Vitoria, lector benévolo, seguramente convendrás conmigo en que no es posible que haya más perros en ninguna otra ciudad del mundo.

Ni en Constantinopla, donde es fama que acuden á bandadas, porque lo pasan admirablemente.

Si has madrugado un poco y has pasado por la calle de la Cuchillería, verbi gracia, á eso de las ocho en el invierno, ó á eso de las seis en el verano, habrás visto á cada veinte pasos un montoncito de barreduras que el carro irá recogiendo poco despues, y sobre cada montoncito media docena de perros escudriñándole y disputándose, no siempre con buenas maneras, la parte aprovechable.

Si viendo todo esto, has observado además que de cada media docena de perros, los cinco casi siempre, y alguna vez los seis, son de caza, puede ser que hayas llegado á dudar si te

hallas en una ciudad fabril ó industrial laboriosísima, como realmente lo es Vitoria, ó en un campamento de cazadores.

La verdad es que hay muchos cazadores en la capital de Alava y aun en los demas pueblos de la provincia, cazadores que por regla general no ejercen más que en la época de las codornices.

El resto del año le pasan haciendo proyectos y preparativos para el mes de Agosto, que esperan, con poco menor ansiedad que los antiguos patriarcas, el santo advenimiento.

Apenas acaban de marcharse, á la entrada del invierno, las pocas codornices que han podido escapar de su fuego graneado, comienzan ya á hacer conjeturas, fundadas en el estado atmosférico ó en la manera como empiezan á nacer los trigos, sobre si el año venidero será abundante ó será escaso, no de cosecha, por supuesto, sino de caza.

Cuando el trigo está en cierna, comienzan ya á tratar de averiguar si la cosecha vendrá temprana ó vendrá tardía, cuestion mucho más importante de lo que á primera vista parece; porque si viniera muy temprana, sería posible que empezara la siega á la mitad de Julio, y estuviera ya levantado el fruto, y por consiguiente, se abriera la caza el 1.º de Agosto, lo cual no suele suceder casi nunca; mientras, por el contrario, si viniera muy tardía también sería posible que para el 15 de

Agosto, época ordinaria de abrir la caza de la codorniz en Alava, estuvieran los trigos á medio segar y el Gobernador tuviera que retrasar la apertura hasta el 1.º de Setiembre.

¡Ahí es nada! ¡Puede haber hasta un mes de diferencia!

Por eso en cuanto empiezan á dorarse las espigas, la ansiedad crece, y los cazadores más aficionados se reúnen todos los días en el comercio de Tolosana y en el estanco de Pozueta á comunicarse y á comentar las noticias que, sobre el avance más ó menos lento de las mieses hacia su madurez, han traído los aldeanos.

—No hay esperanza—dice un pesimista:—me ha dicho el alcalde de Zaldueño que por allí viene todo muy atrasado: todavía tienen flores las habas, y el grano del trigo está en leche.

—Bueno; pero aquello ya se sabe que es lo más tardío—replica un optimista moderado;—y lo que puedo decir es que el padre de una de mis criadas, que es de Alegría, me dijo ayer que allí el campo se está dando muy aprisa, que no se conoce de un día para otro, y que como caigan unas gotas de agua, con lo cual dice que se acelera mucho, no tardarán una semana en meterle la hoz... Y lo que es codornices, creo que hay muchísimas...

—Las mismas noticias tengo yo—dice otro—de la parte de Zurbano... y de Ozaeta, donde empezarán á segar hoy ó mañana...

—¡Toma!—interrumpe uno que acaba de entrar.—Pues si yo he oído..., y el caso es que no me acuerdo á quién, que en Margarita estaban ya anteayer segando una cebada...

—Será en Mendoza.

—Bueno; es lo mismo.

—Y será verdad —añade otro más optimista todavía,—porque en Nanclores y en Zumelzu ya creo que andan trillando...

Y así van poco á poco aproximando cada vez más la recolección, y con ella el fin de la veda, hasta que alguno de los concurrentes, alarmado con tanta proximidad, se levanta y dice:

—Señores, me voy á cargar cartuchos; que todavía no tengo más que doscientos...

Y se suspende la sesión, para reanudarla algunas horas despues y volver á tratar de lo mismo.

Cuando las noticias del campo no son del todo satisfactorias; cuando no se puede cazar en la llanada el 1.º de Agosto, ni hay seguridad de que se pueda el 15, suele suceder que á los cazadores más decididos se les acaba la paciencia, y en lugar de esperar en Vitoria la apertura, se montan con sus escopetas y sus perros en el primer tren que acierta á pasar, y se van á la Bureba ó á la Rioja, donde las mieses maduran más temprano y donde siempre se empieza el 1.º de Agosto á cazar codornices. Pasan por allá seis ú ocho días, comiendo mal, durmiendo peor, cansándose mucho,

y vuelven una tarde cubiertos de polvo y de sudor, con alguna veintena de codornices que les salen á duro cuando menos.

Al fin, como todo llega en este mundo, llega también el día de la apertura de la caza, y sin dejarla que acabe de llegar, la víspera por la tarde comienzan á salir de Vitoria en todas direcciones y por todos los *portales*, como llaman ellos á las entradas de la ciudad, cazadores y perros, desparramándose por la fértil y hermosa llanada de Alava, cazadero cómodo y abundantísimo.

Es aquélla una tarde de animación extraordinaria; porque á más de los cazadores que salen á pie y se meten por el restrojo en cuanto dejan atrás las últimas casas, salen también coches y ómnibus con cuadrillas de cazadores que van más lejos, que tienen tomada una casa en Arcaya ó en Villarreal, en donde se proponen pasar los cuatro ó cinco días primeros, para lo cual llevan el vehículo atestado de municiones de guerra y de boca, y chismes de cocina y camas de campaña.

Al cuarto de hora de haber comenzado á salir los cazadores, se empiezan á sentir los tiros, que menudean cada vez más, hasta el extremo de que hacia la puesta del sol parece que se está dando una batalla en los alrededores.

Poco despues comienza á oscurecer, ya no se ve á tirar y se suspenden las hostilidades.

Los vencidos que han podido librarse del plomo invasor, se reunen, aprovechando el armisticio, en las tierras que están por segar y en las orillas de los cauces para reponerse del susto. Los vencedores vuelven á la ciudad cargados con el botin, y aunque sea á costa de algun rodeo, procuran entrar por la parte del Mediodía para enseñar por entre las mallas de la redecilla del morral una desordenada mezcla de alas y de cabezas de codorniz, á la gente elegante que está tomando el fresco en el aristocrático paseo de la Senda.

—¿Qué tal ha pintado?—le dice á un cazador un amigo echándole mano á la red al mismo tiempo.

—Así... regular... No he matado muchas, pero son buenas... anduve poco... salí muy tarde...

Por la noche no se habla de otra cosa, sino de los acontecimientos del día, de los lances de la caza. No se oyen más que conversaciones como ésta:

—Joaquin pegó una perdigonada al perro.

—¿Sin querer?

—No; á propósito; porque no *traía*.

—Pues así *traerá* mejor.

—Así ha traído los pies arrastrando.

—Peor fué lo de Juanito, que por poco no mata al alcalde de Ali: no le vió; estaba detras de unos espinos, y le pasaron los perdi-

gonos silbando junto á los oídos; tanto que uno le atravesó una oreja.

—¡Pues si se descuida!

—¿Y éste que estuvo allá toda la tarde y no trajo nada?

—Es verdad; no pude tirar más que á dos, y no cayeron... Pero á lo menos yo confieso mi desgracia, y no engaño á la gente como hacen otros.

—¿Es alusion?

—¿A ver, á ver?

—Que se diga, que se diga.

—Pues lo diré. El año pasado comí yo un día en la taberna de Durana, para quedarme á cazar allí por la tarde, y estando comiendo, llegó el tabernero que tambien había salido á codornices. —¿Todas esas traes?—le dijo su mujer viendo que no traía ninguna. —¿Y para eso has estado allá toda la mañana? —¿Qué quieres?—la contestó él. —Algunas maté, pero se las tuve que dar á un señorito de Vitoria que no había matado ninguna y no quería volver sin ellas... No me las pagó mal, eran siete y... mira.—Y enseñó un duro.

Carcajada general.

—¿Y no supiste quién era el señorito?—le dijeron.

—¡Vaya si lo supel!

—¿Quién era, quién era?

—Se dice el pecado, pero no se dice el pecador.

En estos corrillos que se forman todas las tardes al volver del cazadero se cuentan cosas muy curiosas.

Verbi gracia:

—¿No sabéis lo que le pasó ayer tarde á Z. con el perro de T.?

—¿Qué le pasó?

—Una cosa muy chusca. No pudo T. ayer tarde salir á caza porque estaba muy ocupado en el comercio con un viajante alemán; y el pobre perro, que, como sabéis, tiene tal afición que el día que su amo no sale, se va con cualquiera que lleve escopeta, vió pasar á Z. y se fué con él muy contento. En cuanto entraron en las primeras tierras le echó una codorniz admirablemente; sonó el tiro, y la codorniz se fué con más vida que tenía. El perro se quedó un poco desconsolado, pero aguardó á que Z. pusiera otro cartucho. Siguieron por el restrojo, y á los dos minutos quedó el perro puesto: salió otra codorniz muy bien, la tiró Z. y... nada, se marchó como la primera. El perro se quedó un poco triste y como desalentado mirando al cazador, y aun cuando éste, despues de poner otro cartucho, echó á andar, no le seguía. Le llamó Z. por su nombre, le acarició, y volvió el perro á olfatear en la restrojera. No tardó en hallar otra codorniz que salió igual que las otras dos como para abrasarla. No cayó tampoco, y entonces el perro dió media vuelta,

sacó un trotecillo y se volvió hacia el pueblo. En vano fué ya llamarle: porque el perro atendió, se volvió á mirar á Z. y meneó un poco el rabo como agradeciéndole los halagos, pero reanudó su trote y se vino á casa...

—Claro, el pobre animal diría: ¿qué pinto yo al lado de este hombre?

El caso fué muy celebrado.

LA CAZA DEL OSO

I

Los que se fundan en la desaparición de ciertas especies para atribuir millares de siglos de antigüedad al mundo, debieran parar mientes y fijarse un poco en la rapidez con que el gran plantígrado va desapareciendo.

A principios de la Edad Media era tan común en España que, no sólo se merendaba un príncipe cuando caía la ocasión, ó mejor dicho, cuando caía el príncipe, sino que andaba como por su casa por los alrededores de Madrid, encaramándose á los madroños, tal como le representan las armas de esta villa, de la que aun hoy es apellido principal, á pesar de tener que compartir su señorío con los reyes constitucionales.

En los siglos xv y xvi todavía se le encontraba con cierta frecuencia, no exenta de peligro, en los montes menores de ambas Casti-

llas, aun cuando los atravesaran caminos reales, como lo prueba el susto que un individuo de la raza dió en paraje bien céntrico á la Reina Isabel la Católica.

En el siglo antepasado (XVIII) aún era el oso huésped ordinario de Sierra Morena, segun se desprende del popular romance de *Rosaura* (la del *Guante*), quien habiendo salido una tarde á tomar el fresco no muy lejos de la quinta que tenía su padre á cuatro leguas de Córdoba, se encontró con

un oso, cuya braveza
causaba terror al verlo;

siendo de advertir que aun cuando la relacion es novelesca, no deja por eso de servir de autoridad para el caso, pues seguramente no se hubiera atrevido el poeta á fingir el encuentro del oso en aquellos sitios, si fuera entonces tan inverosímil, tan imposible como ahora.

Aun en este siglo, y cuando andaba ya cerca de mediarse, parece que quedaba algun ejemplar del oso en la sierra de Segura.

Hoy apenas subsiste en los Pirineos. Por de pronto, falta en toda la parte oriental y en la occidental, como falta tambien en grandes extensiones de la cordillera cantábrica, en la comprendida, por ejemplo, desde el Baztan hasta Reinosa, encontrándose únicamente con alguna abundancia, pero abundancia sólo re-

lativa que cada día se va pareciendo más á la escasez, hacia la confluencia de Leon con Santander y Asturias, es decir, en los montes de Valdeburon y de Tierra de la Reina, en los de Liébana, Valdeon y Sajambre, en los Beyos y en Tarna. Medio siglo más de creciente profusion y baratura de las armas de fuego, y el oso habrá desaparecido de nuestra tierra.

La caza del oso es muy divertida, pero no deja de ser arriesgada. Y eso ahora, que se le caza á tiro, pues antes de la invencion y de la perfeccion de las armas de fuego, tenía que ser sobremanera peligrosa.

Por de pronto, hay que advertir que los perros, esos excelentes compañeros del cazador, y grandes auxiliares en la caza de otros bichos, y tratándose del oso, como no sea para descubrirle, no sirven para nada. Apenas hay perro, por bravo que sea, que se atreva á tirarse al oso, y el que se atreve á tirarse á él, perece en sus garras ó sale mortalmente herido.

Tambien hay que tener en cuenta que la nieve, factor importantísimo en la caza del corzo y del jabalí, como que en llegando á una vara su espesor ya no pueden bandearla, al oso no le sujeta nunca, pues aún con la industria de los barahones, que usan los cazadores para no hundirse, el oso siempre sobrenieva más que ellos; de modo que la nieve sólo puede servir para seguirle el rastro.

Los que conocen el oso únicamente por los

tratados de Historia natural, es decir, los que no le conocen, creen que se le puede cazar de varias maneras, de las cuales efectivamente no se le caza. A primera vista parece la cosa más fácil del mundo matar un oso con un chuzo ó con un venablo (que, entre paréntesis, no es *lanza corta*, como dice el Diccionario de la Academia), pero hay en ello una dificultad muy parecida á la que había entre los ratones para echar el cascabel al gato. ¿Quién es el guapo que le clava el chuzo ó el venablo al oso?

Una vez, en un pueblo de Valdeburon, un jóven á quien yo conocí y traté cuando ya iba para viejo, tiró á un oso y la bala le atravesó los cadriles. Así descadrilado se arrastró hasta un arroyo de donde ya no pudo salir nunca. Como no estaba lejos el lugar, en cuanto se supo la noticia acudió medio concejo á ver el milagro, y cuando se convencieron de que el oso no se podía mover, se entregaron á todo género de experiencias. Le empizaban los perros inútilmente, pues ninguno se arrojaba á morder; y aún sin que le mordieran, á los que se aproximaban ladrando, les hacía caricias muy dolorosas. Quisieron herirle con venablos, pero antes de que le llegaran al pelo, echaba la boca y doblaba el venablo poniéndole como una legra, ó echaba las manos y hacía pedazos el asta. Para acabarle de matar tuvieron que tirarle otro balazo á la cabeza.

Y si tal se defiende del arma blanca un oso herido, caído de medio atras, imposibilitado de moverse del sitio y sin poder apenas manejar las manos por tener que sostenerse sobre ellas, ¿qué hará un oso libre? ¿De qué servirán contra un oso completamente sano venablos y chuzos?

Recuerdo haber leído en un libro de Historia natural una manera de cazar el oso, en teoría muy ingeniosa, pero en práctica muy imposible y por ende muy necia. El arma era un venablo de asta larga y fuerte, sobre la cual, media vara distante del cubo, iba atravesado en forma de cruz otro palo también fuerte y grueso. El método consistía en encontrar el oso muy cerca y hostigarle para que acometiera al cazador. Como el oso al acometer al hombre se pone de pies, no había más que presentarle en seguida el venablo en el pecho: entonces echaba él las manos al travesaño, y tirando hacia sí, se clavaba el hierro en las entrañas. Pura imaginación y pura fábula, no solamente por lo difícil de presentar el venablo al oso, sino porque aún presentándosele en la forma que el método requiere, el oso, lejos de apretar y clavarsele, le desvía. ¡A buena parte van los naturalistas con engaños!

No conozco nada más injusto que la fama de tonto que lleva el oso entre la gente. Tuviéranle por feo y desairado para bailar, y no

habría nada que decir; pero eso de que se le tenga por tonto, no puede pasar sin protesta. Al contrario; el oso es un animal muy listo y de instinto superior. En muchas cosas, y desde luego en todas las que le interesan, sabe más que muchísimos escritores. Pero no perdamos el hilo.

Quedábamos en que es difícilísimo, por no decir imposible, cazar el oso con venablo, y hemos de quedar en que no se le caza más que á tiro. Por eso abundaba tanto antes de la invención de las armas de fuego; porque no se le cazaba apenas, porque era muy difícil cazarle. Y por eso ha escaseado despues y va escaseando cada vez más, á medida que las armas de fuego se perfeccionan y se vulgarizan; porque se le caza mucho.

Para dedicarse á la caza del oso conviene estudiar sus inclinaciones y sus costumbres.

El oso es omnívoro: dando en ello prueba de cacúmen, y hasta si se quiere de buena educacion, come de todo. Sólo que, y esto es aun mayor prueba de *talento*, las cosas buenas le gustan más que las cosas ruines, y teniendo á mano de las primeras no suele comer de las últimas.

Cuando veo á los empleados de la casa de fieras de Madrid repartir á los demas moradores de aquellas jaulas sendos tasajos de buena carne, y en llegando al oso, despacharle con media espuerta de tronchos de berza, mondas

de patata y otras porquerías, entremezcladas con algunos rebojillos de pan muy contados, casi me da lástima del pobre animal, que, teniendo el paladar más fino que ninguno de sus compañeros de reclusion, se ve condenado á comer peor que ellos, sin otra razon que la que tenía el injusto dueño del burro de la fábula para darle de comer paja sola:

«Toma, pues que con eso estás contento».

Y la prueba mejor de que el oso tiene el paladar mucho más fino que las demas fieras, es que la miel, que es el más rico de los manjares, le gusta muchísimo; no pudiendo decirse que no se hizo para su boca, como se dice que no se hizo para la boca del asno, porque realmente el oso la come con frecuencia.

Es sorprendente la manera como se provee de este artículo. Porque las abejas se alimentan mejor que en poblado y porque la miel resulta más fina y más aromática, suelen los labradores tener sus colmenares en el monte. Hacen una pared por el Norte contra el cierzo, con un poco de diente en cada extremo contra el gallego y el solano, si es que no se lo da hecho todo naturalmente alguna peña; ponen sobre la pared un tejadillo que vuela al Mediodía, y en aquella solana, delante de aquella pared y debajo de aquel tejadillo, colocan verticalmente los cepos ó colmenas, cercándolo

todo con una sebe de espinos para que los ganados no lo destrocen por ir á rascarse. Pero al oso no le estorba la sebe y... si se empica á un comelnar, ya le ha caído que hacer al dueño. Como no le aceche y le mate, ó por lo menos le atemorice yéndose á dormir allí dos ó tres noches y haciendo una buena lumbré, pues el oso tiene miedo al fuego, cada noche se llevará un cepo, hasta que los acabe.

No se detendrá á comer la miel en el colmenar, no; entre otras causas, porque en cuanto se pusiera á escorchar el cepo le picarian las abejas en la boca. Para librarse del aguijon de las abejas, que no por estar de ordinario metido entre miel es dulce, sino muy doloroso, cogerá el cepo y se marchará con él debajo del brazo hasta el primer arroyo que encuentre: allí meterá el cepo en el agua y le dejará un rato para que las moscas se ahoguen; cuando le parezca que ya han tenido tiempo de ahogarse, le volverá á sacar y se comerá tranquilamente los panales.

¡Qué maravilloso instinto el de esta fiera!
¡Qué admirable es Dios en sus obras!

II

La creencia vulgar de que, aun dentro de la especie del oso comun (*ursus arctos*, Lin.), hay una raza de osos frugívoros ó herbívoros, otra de osos hormigueros y otra de osos carnívoros, no tiene fundamento. Ya he dicho que el oso es omnívoro y que prefiere en su alimentacion lo mejor á lo peor en igualdad de circunstancias.

«Su régimen alimenticio—ha dicho con razon el Sr. Pérez Arcas hablando del oso—es casi siempre vegetal, pudiendo hacer uso, sin embargo, de materias animales.» Y en otra parte dice: «Se alimenta de frutas, retoños de árboles y algunas raíces; ataca, cuando está hambriento, á toda clase de ganados, y aun al hombre mismo.» En esto ya no tiene razon ni está bien enterado el Sr. Pérez Arcas; porque ni el oso necesita estar hambriento para atacar á los ganados, ni por muy hambriento que esté llega á atacar al hombre. Cuando le ataca es por otras causas.

El oso, en sus relaciones con el rey de la creacion, es siempre respetuoso y tímido. A pesar de sus poderosas facultades de agilidad y fuerza, delante del hombre, su primera resolucion es la misma del escudero de *Franchifredo Dux de Venecia*, cuando éste le dice: «Tomemos una resolucion», y contesta: «Hu-

zamos.» Sólo acomete al hombre cuando no puede huir por encontrarse herido ó muy acosado.

O muy asustado; pues á veces ataca tambien, sin hallarse acosado ni herido, al hombre que le sorprende ó con quien se encuentra muy de cerca. Y es que se le figura que no tiene tiempo de huir sin que le hagan daño, y acomete de miedo.

Cuando se empica á alguna cosa que le gusta, por ejemplo, ó á la carne de merina, suele perder algo la vergüenza; pero nunca hasta el extremo de resistir al hombre mientras tenga la huída franca.

Suele pasar el oso grandes temporadas sin comer más que frutas. Los hay que pasan así gran parte de su vida y acaso toda. Pero el que prueba una vez la carne, se aficiona á ella y la prefiere hasta el punto de no usar apenas otro alimento, á no ser que para procurársela tenga que comprometerse mucho, pues entonces se abstiene y se conforma con frutas y algun extraordinario de miel ó de hormigas, porque es muy prudente y poco dado á peligrosas aventuras.

Es creencia bastante comun, pero tambien bastante falsa, la de que el oso pasa aletargado la invernía. El citado Sr. Pérez Arcas, recogiendo como buena esta creencia, dice: «En los inviernos rigorosos se aletargan (los osos), y es fácil apoderarse de ellos.»

¡Sí! ¡Vaya usted para allá!

Lo que hay de cierto en esta version es, primero: que el oso en todo tiempo, lo mismo en invierno que en verano, cuando se echa á dormir con confianza en sitio en que no cree posible la presencia del hombre, único enemigo que le da temor, tiene el sueño un poco pesado, aunque no tanto que se le pueda atar sin que dé cuenta; y segundo: que el oso aguanta mucho el hambre, y cuando alguna gran nevada le hace imposible la alimentacion, en lugar de andarse sobre la nieve haciendo el bobo, buscando lo que no había de hallar, se encueva y pasa unos días, durmiendo y despertando y lamiéndose las uñas. Pero cualquier día de esos que pasa encuevado si encontró cueva, ó ensotado entre una mata de acebos donde no penetra la nieve, cualquier día y á cualquier hora, aunque sea en lo mejor del sueño, si se acerca algun imprudente á despertarle, pronto da fe de vida.

Un famosísimo cazador, cuya biografía he de escribir si Dios quiere, el célebre *Capellán de Prioro*, me contaba que una vez, siguiendo por la nieve el rastro de una garduña, llegó al pie de un peñasco donde había un agujero circular, como del diámetro del ala de un sombrero, que parecía dar paso á una cueva; y aunque notó que el rastro seguía adelante, es decir, que la garduña había entrado en la cueva y había vuelto á salir, por si acaso había

dentro algun otro bicho, introdujo el cañon de la escopeta dándole un movimiento rotatorio, como para agrandar la entrada, y voceó fuerte al mismo tiempo. Inmediatamente oyó un berrido espantoso, y vió salir, rompiendo la capa de nieve que había estrechado y casi cerrado la boca de la cueva, una osa enorme, que sin duda se había encerrado allí cuando empezó á nevar, sin que nadie pudiera luego sospechar su presencia dentro de un agujero tan desproporcionado á su tamaño. El cazador llevaba la escopeta cargada para la garduña, sólo con perdigones, y sin tiempo para mejorar la carga, pero con su serenidad nunca desmentida, cuando la osa se puso de pies para acometerle, le descargó el tiro en los ojos y se echó á un lado para dejarla pasar, como pasó, en efecto, echa una furia, no sin llevársele al paso, en una de las garras, un faldon de la levita. Mientras se entretenía un poco más adelante, loca de dolor, en morder y rasgar la tela, el cazador cargó de nuevo y dió muerte á la osa que antes había cegado. ¡Vayan ustedes ahora á creer en los aletargamientos que cuentan los naturalistas!

He dicho que el oso se alimenta ordinariamente de vegetales, de granos y frutas. Le gustan mucho, en primer lugar, los arándanos que come ordeñando hacia arriba las arandaniegas, y no es raro que los rapaces cuando van á arándanos en grandes cuadrillas, se en-

encuentren en el monte con el oso que anda en el mismo oficio, y se lleven el susto consiguiente. Nada más que el susto, porque el oso huye aún de los rapaces en cuanto los ve ó los siente.

Cuando por noticias de los pastores ó de los rapaces que van á arándanos se sabe que el oso frecuenta algun sitio donde abunda esta fruta, se suele disponer una cacería. El plan consiste en escalonar media docena de escopetas hacia la parte por donde acostumbre á salir ó por donde sea más probable que salga, regularmente hacia la cumbre, pues el oso suele huir hacia arriba, quizas porque sabe que así es como lleva más ventaja á los cazadores; entran luego los ojeadores por la parte opuesta, y alguna vez el oso va hacia las escopetas y muere. Digo que alguna vez, porque no es raro que vea á tiempo los cazadores apostados ó los oiga ó los olfatee, si viene de aquella parte el aire, y se vuelva atras desliziándose silenciosamente por entre dos ojeadores, y dejando la cacería frustrada. Tambien sucede alguna vez que al retroceder por no ir á los puestos, le ve algun ojeador y le tira si lleva escopeta, por lo cual es bueno, aún yendo á ojear, llevarla siempre.

Tambien le gustan al oso las mostajas, y las bolillas encarnadas del argomeno (*Serval*, Lin.), y otras granas aun más menudas que produce otro arbusto cuyo nombre no recuerdo ahora,

llamadas vulgarmente *pandoso*, contraccion de *pan de oso*.

Otro de los alimentos que el oso apetece y con frecuencia busca, es el trigo, la espiga de trigo, desde que está en leche hasta que está para segarse. Y le gusta tanto, que como tenga monte por donde ir, va á buscar el trigo junto á los pueblos hasta muy cerca de las casas. Es de advertir que el trigo ha de ser mocho, pues al candeal no suele dedicarse porque no le hagan daño en la garganta las aristas. El hecho es tan probado, que yo he visto en diferentes veranos, de entre cincuenta ó sesenta tierras sembradas de trigo en la falda de un monte, estar sólo destrozadas por el oso las dos ó tres sembradas de trigo mocho, sin tener ningun daño las otras. Y cuenta que las de trigo mocho suelen estar destrozadas por completo, hasta el extremo de no haber para qué segarlas; porque el oso entra por el trigo, se sienta, atropa las espigas con las dos manos y las come, ó por lo menos las magulla todas; cambia un poco de sitio y hace la misma operacion, hasta dejar la finca toda hecha remolinos de espigas esbilladas y magulladas.

Esta aficion del oso al trigo tambien le proporciona algun susto y áun alguna desgracia; pero pocas veces pasa del susto, pues aunque en notando que acude á un trigo suele algun cazador ir á acecharle, ó por la facilidad con que el oso advierte y siente la presencia del

hombre, se entera á tiempo y no se aproxima, ó por la dificultad que hay en hacer buena puntería de noche el cazador no le acierta.

Más aficion todavía que al trigo tiene al maíz el oso. Es el enemigo más temible de los maizales, y eso que tienen éstos muchos enemigos, pues hasta los perros suelen irse á comer el maíz en panojas. Para guardar del oso los maíces que están cerca del monte, tienen que ir los labradores de noche á velarlos, pues si se los dejan á su disposicion, en un par de noches destroza una finca, y en un par de semanas todo un pago. Cuando hay muchas tierras de maíz juntas, establecen los dueños un turno de guarda, y cada uno va á velar la noche que le toca. Pero el que tiene un maizal aislado tiene que ir á velarle todas las noches; y como no es posible que una misma persona vele de veras muchas noches seguidas, suelen ocurrir casos muy graciosos.

En un pueblo de la provincia de Santander, un pobre hombre, que tenía que velar un maizal, discurrió llevar allá un arca grande, poniéndola un poco de paja que le sirviera de mullido para acostarse dentro y velar más cómodamente. Colocada el arca á lo cimero de tierra, que estaba en una ladera muy pendiente, iba el hombre al oscurecer, se metía dentro, dejaba caer el cobertero, y desde allí daba voces de cuando en cuando y hacía ruido con un palo, pegando en las paredes del arca, para

espantar al oso. Pero una noche se durmió profundamente, y mientras él dormía y todo estaba en silencio vino el oso y se puso muy tranquilo á esbillar panojas junto al arca. Allá á deshora despertó el hombre, y oyendo al oso mover las hojas del maíz, comenzó á vocear y á dar palcs dentro del arca. Viéndose el oso sorprendido tan de cerca, acometió resueltamente al bulto de donde salía la voz y el ruido de los palos, y echó á rodar el arca por el maizal abajo, la cual, abriéndose y cerrándose, fué á hacerse astillas al fondo del arroyo, despues de haber vomitado á la tercera ó cuarta vuelta al vigilante lleno de contusiones, y mientras el oso corría monte arriba, asustado de su propia obra.

Otra vez, en Valdeon, y de esto hace muy pocos años, un vecino que solía ir á velar un maizal llevando consigo un perrillo guto, cansado de velar á diario, discurrió una noche dejar el perro solo, y para que no abandonara el puesto, le dejó atado con una sogá de esparto á una estaca. El perrillo, que era más listo que el hambre, no cesó de ladrar, y la primera noche el oso, temiendo que cerca del perro estuviera el amo, respetó las panojas. La segunda noche sucedió lo mismo, con lo cual el dueño estaba muy satisfecho, creyen lo que había descubierto la manera de guardar el maíz sin molestarle. Pero á la tercera noche el oso, tras de la prolongada observacion de que

al lado del ladrado del perro no sonaba nunca voz humana, se atrevió poco á poco á llegar al maizal, y despues de haber comido todo el maíz que quiso, cansado de oír ladrar el perro, se le comió tambien para que no ladrara. A la mañana siguiente, cuando el amo fué, como en las anteriores, á soltar el perro, encontró la estaca y la sogá.

Con esta afición desapoderada del oso al maíz, parece que había de ser muy frecuente y muy fácil cazarle de espera. No hay nada de eso, el oso tiene buena vista y buen oído, y debe tener tambien excelente olfato; lo cierto es que en cuanto alguno de los que van á velar el maíz lleva escopeta, parece que se lo dicen, y no viene.

III

Á falta de panojas y espigas, el alimento ordinario del oso desde el fin del verano y todo el invierno, es el hayuco y la bellota. El hayuco es el fruto del haya, del que dicen con su habitual insipiencia los académicos que es una «especie de bellota triangular», cuando no tiene parentesco ninguno con la bellota, y á lo que se parece más es á la castaña, pues se cria apareado en un erizo igual que el de ésta. El hayuco tiene un grano aceitoso y de sabor muy agradable; y la bellota de roble, aunque no es tan dulce como la de encina, ni

tan agradable como el hayuco, tambien es alimento gustoso y nutritivo.

Ambos frutos se caen del árbol al llegar á sazón; pero el oso no suele esperar á que maduren, y para comerse los hayucos antes de acabarse de abrir el erizo, abanga las carcojas delgadas, mientras para comerse las bellotas antes de que caigan se sube á los robles. Como tambien la gente va á coger hayucos y bellotas, los primeros para molerlos y sacar aceite que se usa para lucir y para condimentar en sustitucion del de oliva, y las segundas para cebar el ganado, suelen darse entre la gente y el oso graciosos encuentros. Hace pocos años una mujer que había visto la tarde anterior debajo de un roble una abundante llarada de bellotas, madrugó mucho para que nadie la cogiera la mano, y llegó al pie del roble al mismo amanecer, poniéndose á coger bellotas con mucha codicia. Al poco rato de estar allí, quizá por el mismo cuidado que ponía en guardar silencio para que nadie pudiera acudir á ayudarla, la dió tos, y apenas comenzó á toser, sintió un estruendo terrible, como si el roble se la viniera encima. Era el oso, que estaba arriba muy entretenido comiendo bellotas, y bajaba asustado descolgándose por las ramas, que es como suele bajarse de los árboles siempre, aún cuando haya subido por el tronco. La mujer llevó un susto muy grande, pero el del oso no fué menor seguramente.

Cuando el oso encuentra un roble fácil de subir y bien cargado de bellotas, no se contenta con la primera visita, sino que la repite todas las noches mientras no se le concluye el condumio, llegando á marcar de una manera indudable su huella en la subida y aún más perfectamente en la bajada, deshojando y descortezando la rama por donde se descuelga. Esta circunstancia bien observada, indujo en el otoño último á unos jóvenes de Pedrosa á ensayar un nuevo procedimiento para cazar al oso, procedimiento al parecer muy seguro, pero que, á lo menos por esta vez, no dió resultado. Convencidos de que el oso subía todas las noches á comer bellotas á un mismo roble, discurrieron ponerle al pie, hacia la parte de arriba, en el sitio precisamente desde donde el oso había de empezar á subir, un cepo de hierro de los que usan para coger lobos, zorras y tejones. Colocaron el cepo, no cebado, porque al oso no se le engaña con cebos, sino perfectamente oculto, cuidadosamente tapado con hojas secas, de modo que toda la prudencia del astuto animal, con ser mucha, no pudiera librarle de pisar encima; y para que no se marchara con el cepo, amarraron éste á una haya delgada que estaba próxima con una cadena de hierro de las que usan para acuar-tar y para arrastrar maderos, tambien cubierta con hojas.

El oso cayó en el cepo; allí dejó como prue-